

“El voluntariado en la Pastoral de la Salud. Identidad y misión”

“Gratis lo habéis recibido, da gratis” (Mt 10, 8)

Temas de Formación

Saludo

Los voluntarios de Pastoral de la Salud hacéis visible el amor de Dios por los enfermos. En este sentido sois una parte esencial de la caridad de Cristo que la Iglesia está llamada a realizar. Por tanto, tened la certeza de estar cada uno en el “corazón” de la Iglesia.

Espero que este material os sirva de ayuda y estímulo a los miles de voluntarios que cada día os entregáis a la preciosa tarea de cuidar a quienes sufren las consecuencias de la enfermedad: los enfermos y quienes les cuidan. Como nos recuerda el Papa Francisco en su Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo de este año, “el cuidado de los enfermos requiere profesionalidad y ternura, expresiones de gratuidad, inmediatas y sencillas como la caricia, a través de las cuales se consigue que la otra persona se sienta *querida*”. La caridad supone una verdadera promoción de lo humano, porque pone en marcha iniciativas que ayudan a que la persona humana pueda desarrollarse como tal y a vivir en unas condiciones de vida más acordes con su dignidad. Es importante que en esa entrega de cada uno por los enfermos podáis hacer las cosas adecuadamente. Por ello es necesario que os forméis bien, que adquiráis las habilidades y los recursos necesarios, sin olvidar, como nos recordaba el Papa Benedicto XVI en la Encíclica “*Deus caritas est*”, 31, que la primera necesidad de los enfermos es la atención cordial, la humanidad y, por consiguiente, hay una prioridad de la “formación del corazón”.

Acompañar y cuidar a todos los enfermos sin distinción de credo, cultura, razas o ideologías. Y hacerlo a la persona en su integridad, en todas sus dimensiones y en todas sus necesidades. No es posible ocuparnos de la atención religiosa y desentendernos de las necesidades espirituales como la necesidad de escucha, compañía, consuelo, ... No es una u otra. Ambas. No hay ninguna persona que no sea objeto de la caridad de Cristo, que es la que nos mueve a nosotros, por tanto, nadie queda excluido de nuestros cuidados

La enfermedad supone siempre, particularmente la grave una crisis y nos plantea interrogantes vitales que surgen desde lo más íntimo del corazón que sufre. Se hace, entonces, necesario estar preparados para aportar esperanza; pero no una esperanza cualquiera, sino una esperanza “fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (Benedicto XVI. Encíclicas “*Spes Salvi*, 1). La esperanza que nos trae Cristo. “Pero nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia” (2 Pe 3, 13) “Y oí una gran voz desde el trono que decía: «He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el “Dios con ellos” será su Dios». Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido. Y dijo el que está sentado en el trono: «Mira, hago nuevas todas las cosas»” (Ap 21, 3-5)

La ciencia cristiana del sufrimiento, indicada explícitamente por el Concilio como la única verdad capaz de responder al misterio del sufrimiento y de dar a quien está

enfermo un alivio sin engaño: No está en nuestro poder el conceder la salud corporal, ni tampoco la disminución de los dolores físicos (...) Pero tenemos una cosa más profunda y más preciosa que ofrecerlos. Cristo no suprimió el sufrimiento y tampoco ha querido desvelarnos enteramente su misterio: Él lo tomó sobre sí, y eso es bastante para que nosotros comprendamos todo su valor (cf. Concilio Vaticano II, *Mensaje a los pobres, a los enfermos y a todos los que sufren*, 8 de diciembre de 1965)".

Muchas gracias por vuestra misión con mi afecto y mi bendición.

+ Francesc Pardo Artigas

Obispo de Girona y responsable del departamento.

Introducción

En este año 2019 la Santa Sede, a través del Dicasterio para la Promoción Humana Integral de la Persona en su Comisión de Pastoral de la Salud ha querido destacar en la Jornada Mundial del Enfermo, 11 de febrero, el valor de la gratuidad en la entrega al cuidado de los enfermos, como reconocimiento del recibido. De ahí que se nos proponga el texto del evangelio según san Mateo “Gratis habéis recibido, dad gratis” (10, 8). La Campaña de este año se extiende desde la Jornada Mundial del Enfermo, que se celebra en toda la Iglesia el 11 de febrero hasta la Pascua del Enfermo el VI Domingo de Pascua, que este año coincide con el 26 de mayo, y el tema es “El Voluntariado en la Pastoral de la Salud”.

La aportación del voluntariado en la acción caritativa de la Iglesia se hace cada vez más importante. El número de las personas necesitadas de sus cuidados es cada vez mayor. En esta dirección el Papa Francisco, en el Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo de este año, nos exhorta a todos, en los diversos ámbitos, a que promovamos la cultura de la gratuidad y del don, indispensable para superar la cultura del beneficio y del descarte. Frente a la cultura del descarte y de la indiferencia – prosigue el Papa Francisco -, la donación de los voluntarios se define como un darse a sí mismo. La caridad de Cristo no nos permite desentendernos de cuantos padecen la enfermedad y nos impulsa a dar una respuesta a una necesidad real e inmediata en: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. Hemos de volver nuestra mirada a los hombres y mujeres que son un auténtico modelo de vivir esta caridad y animar a otras muchas a dedicarse en un voluntariado a realizar este servicio con los enfermos y quienes les cuidan.

Esta Campaña del Enfermo es también una ocasión para reflexionar sobre la necesidad de cuidar, a su vez, a esos voluntarios. Lo cual implica facilitar una adecuada formación del voluntariado. Quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer las cosas del modo más adecuado. Pero esto no es suficiente porque se trata de personas y estas necesitan una atención que sea no sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad, una atención cordial. Esto supone distinguirse por su dedicación al enfermo con una atención que sale del corazón. Se hace necesario una *formación del corazón*, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Deberemos, por tanto, de cuidar esta dimensión de la formación, para que los voluntarios sean hombres y mujeres movidos, ante todo, por el amor de Cristo personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo (cf. Benedicto XVI, *Encíclica “Deus caritas est”*, 31-33).

Las necesidades de los enfermos y sus cuidadores son muy diversas y, además, hay modos muy distintos de realizar es labor del voluntario. Por ello se hace necesario fomentar la capacidad para trabajar en equipo y ser capaces de reconocer cuanto de bueno hay en los modos de hacer y en la tarea del otro. Hace falta, ante todo, promover una espiritualidad de la comunión, que supone fomentar la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece, que es “de los míos”, es ver todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, rechazando las tentaciones egoístas que

continuamente nos acechan y engendran competitividad (cf. San Juan Pablo II, *Novo Milenio* 43).

Hemos de volver nuestra mirada a hombres y mujeres que son un auténtico modelo de vivir esta caridad y animar a otras muchas a dedicarse en un voluntariado a realizar este servicio con los enfermos y quienes les cuidan. Como nos recuerda el Papa Francisco en su Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo de 2019, la figura de la santa Madre Teresa de Calcuta, es un modelo de caridad que hizo visible el amor de Dios por los pobres y los enfermos. Y esta Campaña es una excelente ocasión para hacerlo.

Es decisivo recordar la importancia de no perder la identidad del voluntario en aras de una mayor eficiencia. Esto implica el necesario respeto a las distintas creencias de quienes son objeto de su solicitud, pero sin que esto suponga “esconder” que es la caridad de Cristo quien les mueve. Estando siempre dispuestos a dar razón de su esperanza a todo el que se lo pidiere (1 Pe 3, 15). La atención a los voluntarios con un acompañamiento adecuado, prestando atención a la formación espiritual, será imprescindible para ayudar a no perder esa identidad y *formación del corazón*.

Dado que las necesidades de los enfermos y sus cuidadores son muy diversas y, además, hay modos muy diversos de realizar la labor del voluntario en Pastoral de la Salud, se hace necesario fomentar la capacidad para trabajar en equipo y ser capaces de reconocer cuanto de bueno hay en los modos de hacer y en la tarea del otro. Hace falta, ante todo, promover una espiritualidad de la comunión, que supone fomentar la capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece, que es “de los míos”, es ver todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad (cf. San Juan Pablo II *Novo Milenio* 43).

La discreción con la cual se ha de tratar todo cuanto se conoce de los enfermos y sus cuidadores en el trato con ellos ha sido siempre un valor a cuidar con particular empeño. Se trata muchas veces de información muy personal y perderíamos la confianza de los enfermos si, de cualquier modo, la manejáramos sin la reserva debida. Esto que es una exigencia natural para nosotros, es ahora además una exigencia legal (Ley de protección de datos) con consecuencias muy serias. Por eso es preciso que los voluntarios sean informados de la importancia que tiene la confidencialidad de los datos conocidos por su actividad como voluntarios. En las Jornadas Nacionales de Delegados de Pastoral de la Salud de septiembre de 2018 se trató el tema de manera magistral por el Dr. Francisco Javier Rivas Flores (vicepresidente de PROSAC) y que se publicará en la revista *Labor Hospitalaria*. Será muy recomendable que en los diversos grupos de voluntarios lo tengan presente en sus reuniones de formación y reflexión.

1. El voluntariado

Texto de la Sagrada Escritura

“En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo»” (Lc 10, 25-37).

Reflexión

El voluntariado es una realidad cada vez más importante en la actualidad. Surgen formas de voluntariado diferentes para dar respuesta a las diversas necesidades de personas que requieren de nuestra ayuda. “Esta labor tan difundida es una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a *perderse a sí mismo* (cf. Lc 17, 33 y par.) en favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida” (Benedicto XVI, Encíclica “Deus caritas est”, 30).

Ser voluntario es una forma de ser, de estar en el mundo, de vivir. El voluntario no sólo se preocupa de sus necesidades, sino que también se interesa de las necesidades de los otros y se hace responsable de las soluciones. Se trata de personas comprometidas con el bien común, con hacer presente aquí y ahora, que el Reino de los cielos está en medio de nosotros, que se saben enviadas por Cristo: “Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis” (Mt 10, 7-8) Esas son las manifestaciones de la presencia del Reino entre nosotros: “los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan sanos y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se anuncia el Evangelio” (Mt 11, 2-5). Estos son los signos de la presencia del Reino de Cristo entre nosotros. La caridad de Cristo nos hace solidarios. Juan Pablo II define a la solidaridad como “*la determinación firme y permanente de empeñarse por el bien de todos y de cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos*” (Encíclica “Sollicitudo rei socialis”, 38). Hemos de convencernos de que cuando ofrecemos parte de lo que somos o tenemos en favor de los otros seres humanos, los primeros beneficiarios somos nosotros mismos. Nuestra vida sólo se convierte en vida

plena y cumplida, si somos capaces de compartirla. Es importante caer en la cuenta de que el voluntario no es el sustituto de los profesionales que deben atender a los enfermos. No van a hacer gratuitamente el trabajo que corresponde al personal sanitario, ya sea personal médico, de enfermería o auxiliares.

El voluntario ha de reunir unas aptitudes, características, actitudes, motivaciones y valores básicos que le permitan realizar su cometido, las tareas que se le encomienden con la suficiencia necesaria que requieren las personas con que va a trabajar y la importancia de los problemas que deberá afrontar. Es posible, seguramente, que ningún voluntario o ningún aspirante a serlo reúna bien desarrolladas todas las cualidades, aptitudes, etc., que vamos a señalar, pero debe contar, al menos, con los elementos fundamentales que, en el proceso de formación y en el trabajo concreto, irá desarrollando. Para realizar la labor del voluntariado, no sólo en Pastoral de la Salud, sino en cualquier otro campo del voluntariado, no basta la buena voluntad, el deseo de “aprovechar” un tiempo que me sobra, buscar una personal satisfacción afectiva, buscar, en el fondo, ser acompañados, etc. Hay motivaciones que debemos revisar en las personas que se ofrecen para una labor de voluntariado y ver el modo de rectificarlas. De lo contrario, se puede hacer más mal que bien.

Entre las aptitudes requeridas podemos destacar algunas generales y otras que serán más específicas en función de la labor a realizar. No es lo mismo dirigir un grupo de oración por los enfermos que acompañar a la familia y prepararlos para el duelo, por ejemplo. Entre las aptitudes generales podríamos destacar las siguientes: condiciones físicas, morales y psicológicas sanas que le permitan dedicar sus mejores esfuerzos al servicio voluntario; disponibilidad de tiempo par dedicarlo a las labores del voluntariado; formación humana básica que le permita desenvolverse apropiadamente en su medio social y cultural; disposición para formarse en el servicio del voluntariado, en los diferentes niveles.

En cuanto a las actitudes cabría destacar aquellas que tienen que ver con la disposición general de la persona para el servicio: amor, respeto y aceptación del otro sin discriminación; discreción sobre los asuntos que tenga conocimiento durante el servicio; acogida abierta y diálogo sincero; amabilidad sin ser paternalista ni crear dependencia; no hacer del servicio un asunto personal, ni aceptar regalos o privilegios; sentido de la justicia y de la común igualdad como seres humanos; preferencia por los más débiles y necesitados.

Este conjunto básico de aptitudes y actitudes puede ser enriquecido por otras que, de acuerdo con la clase de servicio que preste la organización del voluntariado, se hagan necesarias. Por ejemplo: paciencia y perseverancia para el trabajo con personas que tienen limitaciones físicas o mentales. Los conocimientos y habilidades estarán, igualmente, en relación con el medio en el cual ha de moverse y con el trabajo concreto que ha de realizar.

Cuestionario

- ¿Somos verdaderos voluntarios? ¿Qué debemos hacer para mejorar?
- Indica los cuatro objetivos que entiendes son los más importantes en la acción voluntaria.

- ¿Qué tareas, a tu entender, debe potenciar tu grupo? ¿Qué tal estáis cumpliendo las funciones que debe realizar todo grupo de voluntarios? ¿Qué te dice el pasaje evangélico?
- ¿Qué aptitudes, actitudes descubriste en el Buen Samaritano? ¿Contaba con los conocimientos y habilidades para realizar la acción que llevó a cabo? ¿En qué fallo o fallamos nosotros?

2. Identidad del voluntariado de PS

Texto de la Sagrada Escritura

“Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: «¿Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?». Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: «¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —dice al paralítico—: “Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”». Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos” (Mc 2, 1-12)

Reflexión

En la escena del texto evangélico hay que distinguir varios aspectos. San Marcos no nos dice si aquellos cuatro que llevan al paralítico eran amigos o no, pero es evidente que le querían, pues de lo contrario no se toman tantas molestias. La finalidad de todo lo que hacen es ponerle delante de Jesús, para que éste le sane. La motivación es clara: saben que Cristo puede sanarle y todo su empeño es ponerle frente a él. Además, aquellos cuatro que llevan al paralítico hacen muchas cosas antes de ponerle delante de Cristo para que le cure. Buscar la camilla, transportarle, salir al paso de algunas dificultades como la multitud agolpada en la puerta, poner por obra la solución que han pensado: desmontar el tejado, buscar unas cuerdas para poder descender al paralítico ante la presencia de Jesús para que le cure. Esta puede ser la historia de la labor de tantos voluntarios.

El trabajo de los voluntarios en el cuidado de cuantos padecen por la enfermedad es, por una parte, independiente de partidos e ideologías, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita. El programa del cristiano - el programa de Jesús- es un «corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos, por eso no dejamos de cuidar a personas que no comparten nuestra fe. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Debemos reforzar esta conciencia en los voluntarios, de modo que a través de su actuación -así como por su hablar, su silencio, su ejemplo- sean testigos creíbles de Cristo. La caridad

cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. (cf. Benedicto XVI, Encíclica “Deus caritas est”, 31).

El voluntario cristiano no es un nuevo tipo de voluntario. El voluntario cristiano se distingue del voluntario social, no en lo que hace, sino en las motivaciones, en los estímulos que le vienen de la fe, en el estilo, en el talante, que es el de Jesucristo. El Dios que se nos manifiesta es Jesucristo siente como propios los dolores, las miserias y sufrimientos de los hombres. Nuestro Dios es compasivo y misericordioso, no sólo justo y solidario, y quiere que nosotros también lo seamos. (Cf. Ex 34,6). El voluntario encuentra la motivación para la caridad, en el haber sido amados por Jesucristo. Todas nuestras acciones altruistas, solidarias y compasivas nacen de la gratuidad de un “amor primero”, inmerecido e impagable de Jesucristo. Somos don del Amor de Dios manifestado en Jesucristo en orden a ser don de amor para los demás.

El mismo Espíritu que anima a Cristo es quien nos mueve. Si perdiéramos esto de vista, nuestra labor como voluntarios quedaría profundamente devaluada y sólo encontraría en la eficiencia su razón de ser y actuar. El cristiano ha recibido el Espíritu de Jesucristo para actuar, pensar y sentir como Él. Jesucristo es el voluntario por excelencia que no “vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redención de muchos” (Mt 20, 28). En el lavatorio de los pies (Jn 13, 1-17), Jesucristo nos ofreció y explicó una señal muy elocuente de servicio. La lectura de los Evangelios permite constatar que Jesucristo dedicó buena parte de su vida pública a atender, acompañar, cuidar, curar y promocionar a los enfermos, marginados y excluidos.

El servicio del voluntariado no es para el cristiano un privilegio, sino un deber que brota de la fe, una respuesta coherente con los compromisos bautismales, una invitación que espolea a testimoniar la fe, la esperanza y la caridad “Por medio de los laicos la Iglesia de Cristo está presente en los más variados sectores del mundo, como signo y fuente de esperanza y amor” (San Juan Pablo II, Exhortación “Christifideles laici”, 7). La Iglesia, a lo largo de su historia, se inspiró en el ejemplo de su Fundador y quiso siempre vivir el mandamiento del amor.

El trabajo del voluntario en la pastoral de la salud participa de la misión evangelizadora de la Iglesia. Misión que desarrolla en tres dimensiones. A través de la *catequesis o conocimiento*, profundización y difusión del mensaje de Jesús. A través de la *liturgia o celebración* de nuestra fe en los sacramentos. A través de la *caridad o testimonio* de amor de la acción caritativa, especialmente con los más necesitados. Estas tres dimensiones son necesarias y complementarias. Cada una exige a las otras. No se da auténtica evangelización si no se difunde el mensaje de Jesús, si no se celebra, si no se vive. Por ejemplo: No tendría sentido y credibilidad plena anunciar y celebrar que Jesús ama a los enfermos, y que quienes lo anuncian y celebran no amaran a los enfermos al estilo de Jesús.

Los destinatarios fundamentales de en la misión evangelizadora de la pastoral de la salud son los enfermos, sus familiares, las instituciones sanitarias, los sanitarios y cuantos trabajan en este ambiente o actividad humana, los movimientos y

asociaciones y, en general, toda la comunidad, pues también se dirige a los sanos, para que todos vivan las realidades que hemos indicado según el espíritu del Evangelio y los valores del Reino de Dios.

Cuestionario

- ¿Qué diferencias existen entre un voluntario cristiano y un voluntario social?
- ¿Cuáles son las motivaciones o raíces de fe para ser voluntario cristiano?
- ¿Qué motivaciones nos ofrece Jesucristo para ser voluntario en la el cuidado de los enfermos?
- Nosotros, cada uno de nosotros, ¿actuamos movidos por la fe?

3. La misión del voluntariado de Pastoral de la Salud

Texto de la Sagrada Escritura

“Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia. Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis” (Mt 10, 1.7-8).

Reflexión

“Entretanto Juan, que en la cárcel había tenido noticia de las obras de Cristo, envió a preguntarle por medio de sus discípulos: ¿Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro? Y Jesús les respondió: Id y anunciad a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan sanos y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se anuncia el Evangelio” (Mt 11, 2-5). “Jesús envía a sus discípulos a cumplir su propia obra y les dona el poder de sanar, es decir, de acercarse a los enfermos y cuidarlos hasta el fondo (...). ¡Esa es la gloria de Dios! ¡Esa es la tarea de la Iglesia! Ayudar a los enfermos, no perderse en habladurías, ayudar siempre, consolar, aliviar, estar cerca de los enfermos; ésta es la tarea” (Papa Francisco, 10 de junio de 2015). El Papa nos deja un programa bien concreto: ayudar, consolar, aliviar, estar cerca. Son cuatro acciones de las que no podemos desentendernos.

Estar cerca de los enfermos. Hacernos prójimos, acercarnos a quien me necesita ahora y la Providencia ha puesto en mi camino, se cruza en tu vida. Esta actitud nos lleva a estar abiertos y disponibles para todo necesitado, que sufre: por supuesto los enfermos, pero también los cuidadores (familia, sanitarios, voluntarios). Se hace preciso acercarse para hacerse prójimo: el Buen Samaritano es capaz de cambiar sus planes, se sale de su ruta, de sus tiempos. Esto nos cuesta siempre, “hacerse” prójimo implica volver la mirada sobre el otro antes que sobre mí. Es comprender que en ese hermano Cristo que viene a preguntarme por mi amor hacia él.

Consolar. Pero para ello, antes es preciso dejarse “mover a compasión”. Ponerse en el lugar del otro (se movió a compasión, “padecer con”). “En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. Se sentirán acompañados, acogidos, ... La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un *ser-con* en la soledad, que entonces ya no es soledad. (...) Y también el *sí* al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor” (Benedicto XVI, Encíclica “*Spes salvi*”, 38).

Ayudar. Subir sobre su cabalgadura: servir, acompañar, estar. “Cuántos cristianos dan testimonio también hoy, no con las palabras, sino con su vida radicada en una fe genuina, y son «ojos del ciego» y «del cojo los pies». Personas que están junto a los enfermos que tienen necesidad de una asistencia continuada, de una ayuda para lavarse, para vestirse, para alimentarse. Este servicio, especialmente cuando se prolonga en el tiempo, se puede volver fatigoso y pesado. Es relativamente fácil servir

por algunos días, pero es difícil cuidar de una persona durante meses o incluso durante años, incluso cuando ella ya no es capaz de agradecer. Y, sin embargo, ¡qué gran camino de santificación es éste! En esos momentos se puede contar de modo particular con la cercanía del Señor, y se es también un apoyo especial para la misión de la Iglesia. (...) El tiempo que se pasa junto al enfermo es un tiempo santo. Es alabanza a Dios, que nos conforma a la imagen de su Hijo. Salir de sí hacia el hermano. A veces nuestro mundo olvida el valor especial del tiempo empleado junto a la cama del enfermo, porque estamos apremiados por la prisa, por el frenesí del hacer, del producir, y nos olvidamos de la dimensión de la gratuidad, del ocuparse, del hacerse cargo del otro. En el fondo, detrás de esta actitud hay con frecuencia una fe tibia, que ha olvidado aquella palabra del Señor, que dice: «A mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). (...) La caridad tiene necesidad de tiempo. Tiempo para curar a los enfermos y tiempo para visitarles. Tiempo para estar junto a ellos, como hicieron los amigos de Job: «Luego se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande» (Jb 2,13)” (Papa Francisco Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo 2015).

Animar y cuidar a esos cuidadores (familia, personal sanitario, voluntarios, ...). Saber estar, permanecer, a disposición, esperando, sabiendo escuchar. El sólo hecho de estar, de acompañar les conforta, les ayuda a descubrir que son valiosos, ¡que aún – a pesar de una enfermedad y su dependencia – son valiosos! “Por esto, quisiera recordar una vez más «la absoluta prioridad de la “salida de sí hacia el otro” como uno de los mandamientos principales que fundan toda norma moral y como el signo más claro para discernir acerca del camino de crecimiento espiritual como respuesta a la donación absolutamente gratuita de Dios» (Papa Francisco, Exhortación “*Evangelii gaudium*”, 179).

Aliviar. Dar esperanza. Hay que ayudar a descubrir que hay vida, sentido y valor en el hombre que sufre. “La Iglesia se dirige siempre con el mismo espíritu de fraterna participación a cuantos viven la experiencia del dolor, animada por el Espíritu de Aquel que, con el poder de su amor, ha devuelto sentido y dignidad al misterio del sufrimiento” (Benedicto XVI, Discurso a participantes de las XXVII Conferencia Internacional del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, 17-XI-2012). “Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (Benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi*, 37).

Persuadidos, además, de la gran fuerza evangelizadora de los enfermos. En la medida en que estén presentes en la vida de la parroquia, se convertirán en evangelizadores insustituibles. “Una última palabra deseo reservar a vosotros, queridos enfermos. Vuestro silencioso testimonio es un signo eficaz e instrumento de evangelización para las personas que os atienden y para vuestras familias, en la certeza de que ninguna lágrima, ni de quien sufre ni de quien está a su lado, se pierde delante de Dios (Ángelus, 1 de febrero de 2009). Vosotros *sois los hermanos de Cristo paciente, y con El, si queréis, salváis al mundo* (Concilio Vaticano II, Mensaje *a los pobres, a los enfermos y a todos los que sufren*)” (Benedicto XVI, Discurso a participantes de las XXVII Conferencia Internacional del Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, 17-XI-2012).

Cuestionario

- ¿Cómo procuramos vivir ese programa propuesto por el Papa Francisco: ayudar, consolar, aliviar, estar cerca?
- ¿Qué dificultades encontramos para “hacernos” prójimos?
- ¿Afecta al modo en que me acerco al enfermo, saber que no voy sólo, que “prolongo” de alguna manera la solicitud de Jesús por los enfermos?
- Exponer algunas consecuencias prácticas de lo que significa “consolar” a la luz del texto citado de Benedicto XVI.

4. Voluntariado y enfermedad mental

Texto de la Sagrada Escritura

“En esto se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?». Él respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo». Él le dijo: «Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida». Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva” ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo»” (Lc 10, 25-37)

Reflexión

Poco a poco, la salud se ha convertido en un bien del que se toma consciencia cuando surge la ausencia de ella. Cuando irrumpe en la vida de las personas un momento de enfermedad es cuando se comienza a poner en valor su presencia y el bienestar que aporta. Precisamente, es en esta circunstancia cuando se anhelan momentos pasados y estamos deseosos de mejorar para volver a ser quienes éramos y hacer lo que hacíamos. Cuando las enfermedades son físicas se tiende a comprender mejor la enfermedad y se afronta con los medios de los que se dispone, pero ante un caso de Salud-Enfermedad Mental de importancia surge un desconcierto ante el desconocimiento que puede llevar a la derrota y la desesperanza, de quien la padece y de su entorno. Esa capacidad de toma de consciencia o reconocimiento de la pérdida de salud no es tan consciente, en cambio, sí se tiene la percepción de que algo está ocurriendo y surge igualmente el anhelo de tiempos pasados, pero en este caso acompañado de un sentimiento de incompreensión por del entorno e incluso de rechazo (estigma).

El sentido etimológico de la psiquiatría deriva del griego, medicina del alma. Para aproximarnos a conocer lo que ocurre en la mente del otro debemos conectar con sus emociones, sentimientos, pensamientos, visiones... y constituirnos en un instrumento de ayuda para que los otros puedan conocerse mejor, superar sus limitaciones, sanar sus heridas psicológicas y potenciar sus recursos internos, para que puedan construirse un sentido para su vida. En lo afectivo está lo efectivo.

Resulta fundamental crear espacios de escucha, acogida, comprensión y acompañamiento, para las personas con enfermedad mental y su entorno. Como afirma Mercedes Nasarre (Psiquiatra y Terapeuta Gestalt cristiana), muchas patologías son asuntos que tienen que ver con el amor y con los vínculos. La dificultad para sentir amor

es la que nos puede enfermar. No olvidemos que somos en cuanto que amamos. El amor es apertura, es confianza, entrega, unión. Todas estas dificultades, en el crecimiento de la persona y en sus vínculos, por supuesto que generan circuitos anómalos en el cerebro. Nos hacemos en las relaciones con otros. Somos en las relaciones con otros, desde el inicio hasta el fin. Lo que pasa en los vínculos, y sobre todo en los íntimos y tempranos, es lo que marca nuestra vida. El término “enfermedad mental” no existe, lo que encontramos son personas que sufren una enfermedad mental.

A continuación, se dan unas pautas para poder abordar este acompañamiento pastoral:

A. La necesidad de las personas con enfermedad mental, teniendo en cuenta estas claves:

- La pastoral de la silla/banco y de la oreja. El reloj se para. Nosotros tenemos reloj, ellos tienen tiempo.
- Se necesita el contacto físico y visual, ser acogedor, llevar la alegría a estas personas, pero no de forma artificial, como con fuegos artificiales, sino de forma honesta y sincera. Es decir, ser portador de esperanza.
- La necesidad, de quien acompaña y ayuda a orar, de atreverse a saltar al vacío, y no escatimar silencios, y momentos de “atragantamiento”.
- Lo afectivo es lo efectivo. A veces se está en situación de delirio máximo, pero no cortar, saber encaminar y guiar. Hacer ver que se le escucha, se le acoge, se la trata con cariño y simpatía. Ellos lo perciben y lo sienten así. Se trata de crear un clima acogedor y positivo, que vivan un Jesús agradable, que acompaña, que acoge, y que no rechaza. Un Jesús que acepta a la persona en su totalidad, con sus claridades y con sus oscuridades.
- La limitación está en nuestra mente, y no en el corazón.
- En el mundo de la salud-enfermedad mental, (sobre todo en casos más severos, especialmente esquizofrenia y estados depresivos), se vive con sufrimiento, y posibles cargas de culpa. Se debe crear un clima que promueva, que la persona con enfermedad mental, comparta su posible sentimiento de culpa, fuente entre otras cosas de su sufrimiento. Por ello, es importante, trabajar este tema desde un grupo adecuado.

B. La necesidad de rituales en la vida, de los SACRAMENTOS para ayudar a aceptar:

- Los sacramentos deben favorecer a la persona con salud-enfermedad mental aceptar la enfermedad o limitación. Por ello los sacramentos deben celebrarse con un ritual sencillo, y favorecedor de la participación.
- Los sacramentos que se celebren con estas personas, deben partir de la vida de ellos, de lo que están viviendo.
- El agente de pastoral y el sacerdote pueden contribuir, con un proceso de acompañamiento de las personas que sufren la enfermedad mental. Entendiendo las limitaciones propias de sus patologías, para poder dirigir la celebración de los sacramentos de forma adecuada. Siempre teniendo en cuenta la paciencia, y la habilidad y no permitir caer en prejuicios.

Cuestionario

- ¿Soy capaz de ver las heridas de las personas con las que me encuentro en el camino?
- ¿Me compadezco ante el sufrimiento de las personas que tengo en mi entorno?
- ¿Realizo un acercamiento como el “Buen Samaritano” ante las situaciones que me encuentro o respondo como el levita o el sacerdote de la parábola?
- ¿Sé encontrar la medicina adecuada para curar esas otras enfermedades?
- ¿Cuáles son mis herramientas para cuidar de los otros?
- ¿Qué hago para que mi comunidad parroquial se implique con las personas que sufren una enfermedad mental y sus familias?

5. El voluntario, miembro de la comunidad eclesial

Texto de la Sagrada Escritura

“Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando” (Hechos 2, 42-47).

Reflexión

La Iglesia es la comunidad de los que creen en Cristo y lo aceptan como Salvador. La Iglesia es fundamentalmente comunión, comunidad, fraternidad. Su misión, su vocación propia es evangelizar. Esto lo decimos de la Iglesia universal, pero lo afirmamos también de la Diócesis, de la Iglesia diocesana y de la parroquia. “Cristo instituyó a la Iglesia para ser comunión de verdad, de vida y de caridad” (Constitución Lumen Gentium 9, del Concilio Vaticano II). En esta comunidad, todos los que la forman tienen una misma fe, una vida: la vida de Cristo recibida en el bautismo, y un único mandato: el de amar y amarnos como Cristo nos amó a nosotros.

La comunidad cristiana es una comunidad de servidores a ejemplo de Cristo que vino no para ser servido sino para servir (Mt. 20,28). Somos comunidad de servidores: amando al prójimo. Junto con el mandato de anunciar el Reino Cristo encomendó a su Iglesia el servicio a la salud y a los enfermos (Lc 10, 9). Es, pues, un ministerio confiado a toda la comunidad, en el que cada bautizado participa según el don recibido y de acuerdo con su capacidad de respuesta a las exigencias de su bautismo. El voluntario que, en virtud de su fe, trabaja en el mundo de la salud y de la enfermedad es también un enviado. Actúa en nombre de la comunidad cristiana, hace suya su misión, y, por tanto, ha de poseer un sincero espíritu eclesial.

El sentido eclesial del voluntariado cristiano y la condición misma de la Iglesia (que es siempre comunión) se expresan en variadas formas cuyo denominador común es siempre la referencia a una comunidad. De ahí que el voluntariado cristiano que actúa en el mundo de la salud y de la enfermedad tenga también sus cauces comunitarios. Señalamos algunos:

- En primer lugar, la parroquia, como medio habitual en el que se vive, se celebra y se traduce en testimonio la fe de los creyentes. El voluntario se inserta dentro de ella, dentro del equipo de pastoral de la salud, ya sea dentro del equipo de visitadores de enfermos, del grupo de oración por los enfermos, del equipo de apoyo para acompañar a los que están solos, etc.
- Las instituciones sanitarias, socio-sanitarias y geriátricas, en las que actúan enviados por sus comunidades, o bien desde la comunidad de la institución (capellanía, comunidad religiosa).
- Asociaciones, grupos de voluntariado cristiano.

Para favorecer la comunión eclesial y, al mismo tiempo, para evitar la pérdida de eficacia caritativa y apostólica, es preciso que el voluntariado cristiano que actúa en el mundo de la salud y de la enfermedad posea una adecuada coordinación y un claro sentido de colaboración. Esto no es posible si no existe una conveniente jerarquización de referencias.

El cristiano no debe actuar por libre. La capacidad para trabajar en equipo es hoy más importante que nunca. Ésta es una condición esencial para el trabajo en el voluntariado, cualquiera que sea su campo de acción. Se trata de una aptitud, de una actitud, de un conocimiento y de una habilidad. Todo el esfuerzo de organización de un servicio de voluntariado puede fracasar, si lo que prima es el individualismo entre los voluntarios.

La complejidad de los problemas y la escasez de los recursos, hacen imperativa la coordinación de esfuerzos y el aprovechamiento al máximo de los recursos disponibles. Se impone la selección de prioridades y la concentración de energías. Esto se puede conseguir en la medida en que se ha constituido un equipo en el cual, cada uno contribuye con lo mejor de sí mismo y acepta con gusto las decisiones del equipo, aunque signifiquen cierta limitación a los anhelos personales. La experiencia de un grupo constituye un momento privilegiado de comunión, de información y de formación personal. Puede presentar también conflictos que, si son superados creativamente, favorecen el desarrollo de los participantes.

Es importante, además la conciencia de formar parte de un "equipo" más grande. Los equipos, grupos, asociaciones dedicados a la misma actividad en otras parroquias, arciprestazgos, diócesis. Mi equipo parroquial de Pastoral de la Salud debe estar en contacto, trabajar en colaboración, con los grupos de otras parroquias, con PROSAC, con la Delegación Diocesana de Pastoral de la Salud etc. Más, la Pastoral de la Salud ha de trabajar en coordinación con toda la pastoral de conjunto de la diócesis, especialmente con la socio-caritativa. El equipo no se constituye por el simple hecho de reunir diferentes personas. Pueden ser un grupo, pero no un equipo. Para que esto ha de darse unos objetivos comunes, la necesaria coordinación de esfuerzos, una adecuada priorización de las tareas, contar con un plan de trabajo donde cada uno participa y asume el conjunto de acciones como propias, mantener una información clara y abierta, vivir un espíritu de equipo, que hace más importante el nosotros que el yo. El equipo no se decreta ni se inaugura, sino que se construye día a día, con la contribución de todos sus miembros.

El equipo como estructura pastoral, da estabilidad y continuidad a la acción pastoral que se está realizando y tiende a evitar las improvisaciones y la dispersión individualista. Brinda también a sus miembros la oportunidad de una constante comunicación, enriquecimiento, sana crítica y puesta a punto. Puede ser un medio eficaz para integrar en la acción pastoral y socio-caritativa a los propios destinatarios, por ejemplo, a los enfermos en el equipo de Pastoral de la Salud de una parroquia. La pluralidad de necesidades de los destinatarios de la actividad pastoral y socio-caritativa, pide que se les atienda desde diversos carismas o modalidades de servicios y esos diversos carismas es más fácil que se den en los componentes de un grupo más amplio.

Un verdadero equipo no se logra únicamente con reuniones de los miembros del equipo. Es preciso un apoyo y reconocimiento mutuo, tener un espacio de intercambio

de experiencia, de darse un tiempo para orar juntos por las necesidades de unos y otros. Igualmente necesitarán evaluar periódicamente sus actuaciones y si los medios que se han determinado han contribuido de verdad a alcanzar los objetivos.

Cuestionario

- ¿Qué es la Iglesia? ¿Por qué la comunión es una de las dimensiones de la Iglesia? ¿Por qué el servicio a la salud y a los enfermos es siempre eclesial? ¿Como voluntario/a has encontrado cauces adecuados de comunión eclesial?
- ¿El voluntariado cristiano tiene suficientes espacios de actuación dentro del mundo de la salud y de la enfermedad? ¿Crees que el voluntariado cristiano está suficiente insertado dentro de la comunidad cristiana y adecuadamente coordinado? ¿Qué te sugiere el texto bíblico?
- ¿Por qué debemos trabajar en equipo? Da razones. ¿Cuáles deben ser las características de los equipos de pastoral y socio-caritativa?
- ¿Cuáles son los elementos de un equipo? ¿Por qué es importante el líder en un equipo? ¿Qué te dice el texto evangélico? ¿Cumple nuestro equipo las características y los elementos que hemos indicado? ¿Cuáles?

6. Formación del voluntariado

Texto de la Sagrada Escritura

“Se fueron de allí y atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará»”
Mc 9, 30-31

Reflexión

Es necesario formarse para servir mejor. “Para servir hay servir”. Los voluntarios tienen la necesidad, el derecho y el deber de formarse. Es decir, precisan adquirir los conocimientos indispensables, fortalecer las características del voluntariado y desarrollar las habilidades fundamentales para el servicio que van a prestar a las personas, grupos y comunidades. La formación la entendemos como un proceso que supone unas etapas: un momento de inicio y diversos momentos que, a lo largo de la experiencia del voluntariado, le permitirán aprender nuevos conocimientos, renovar las razones para servir y adquirir o desarrollar habilidades para cumplir mejor con la misión encomendada. Ayudar a aprovechar el potencial que cada uno tiene y brindar nuevos elementos para hacer de cada voluntario un mejor seguidor de Jesús y, en consecuencia, un mejor servidor de los hermanos, es el objetivo central del proceso de formación del voluntario cristiano. No se trata de una formación puntual. Es un proceso continuo de mejoramiento personal, de crecimiento como ser humano, de mayor compromiso cristiano. Se trata de lograr una mayor unidad entre la fe y la vida, entre lo que se cree y lo que se realiza cada día. En pocas palabras: se trata de un proceso de conversión y maduración.

Se ha de ofrecer y desarrollar, pues, una formación que parta de la vida y vuelva a ella con un mensaje de esperanza; brinde razones para confiar en las personas y para ayudarlas a crecer como personas; se oriente hacia la acción transformadora y animada por el ejemplo de Jesús. En definitiva, no se trata sólo de saber lo que Dios quiere de nosotros. Es necesario hacer lo que Dios quiere. Y para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser capaz y hacerse cada vez más capaz. Desde luego, con la gracia de Dios, pero siempre con la libre y responsable colaboración de cada uno de nosotros. (cf. San Juan Pablo II, Exhortación “Christifideles Laici”, 58).

La formación ha de partir de la realidad: de las necesidades que debemos atender y de las cualidades de quien lo va a realizar. En este proceso el voluntario no es mero agente paciente, ha de tomar protagonismo en su formación, teniendo iniciativa y proponiendo temas, de plantear las dificultades y limitaciones que experimenta. Las necesidades en torno a la formación del voluntariado han existido desde su origen, pero con el tiempo ha ido tomando cuerpo la necesidad de una formación más sistemática, al tiempo global y específica y al tiempo teórica y experiencial. Porque la acción del voluntario, como ya hemos considerado, constituye una parte esencial de la misión de la Iglesia: la evangelización; la formación debe estar considerada en los planes pastorales.

Los planes de formación deberán contemplar una formación de carácter general e inicial. Sin pretender ser exhaustivos, apuntamos sólo algunos aspectos. Así, será necesaria un conocimiento básico de la enseñanza de la Iglesia. En este sentido el

Catecismo de la Iglesia Católica es un instrumento de gran utilidad. Igualmente será preciso tener un conocimiento suficiente de la Sagrada Escritura, tanto por las lecturas que puedan ayudar a profundizar en su contenido, como por una habitual lectura meditación de la Sagrada Escritura. Aquí puede ser de gran ayuda la Lectio divina realizada comunitariamente. Será conveniente formar en aspectos esenciales de la Pastoral de la Salud que permita dotar al voluntario de unas “herramientas” básicas para la escucha, un conocimiento básico de lo que supone la Ley de protección de datos y adquirir la prudencia necesaria para emplear y transmitir adecuadamente los datos que puedan transmitirse.

En segundo lugar, habría que contemplar una formación específica, que dependerá de la tarea que vayan a desarrollar los voluntarios. Sólo a modo de ejemplo, si la labor fundamental va a ser acompañar a personas solas será preciso una particular formación en técnicas de escucha; si se trata de coordinar un grupo de oración por los enfermos requerirán una más atenta formación bíblico-litúrgica; si su misión fundamental es acoger a las personas enfermas, o sus familiares, que puedan solicitar algún tipo de ayuda, será importante cuidar más técnicas de comunicación; si su misión va a ser acompañar a personas que están en cuidados paliativos o en situaciones al final de la vida, requerirán una mayor preparación para ayudar en el duelo y en las necesidades espirituales en las etapas finales de la vida, etc.

Entre los elementos esenciales de la formación habrá que considerar la necesidad de acompañar a los voluntarios. Será un acompañamiento personal, por parte de quien sea responsable de ellos, y también por parte del grupo, de tal modo que se pueda dar una comunicación de experiencias y el modo en que se viven esa labor del voluntario. Es un proceso que no se inicia y termina, sino que debe permanecer todo el tiempo en el que el voluntario se encuentra insertado en la tarea pastoral que desarrollamos. El acompañamiento es algo diferente del *seguimiento*, de la mera observación, vigilancia o control. La idea de acompañamiento parte de la responsabilidad y de la libertad de las personas protagonistas (acompañado y acompañante). Hay que tener en cuenta que ninguna formación es capaz de contemplar todos los escenarios, contextos, situaciones y elementos que se pueden dar en un domicilio, en la habitación de un hospital, en una parroquia o en un grupo de personas. Necesitamos acompañar a nuestros voluntarios para poner en práctica lo aprendido, reflexionar sobre la experiencia y evaluar para la mejora. Al tiempo, el acompañamiento colabora a generar procesos de participación del voluntariado en la organización, escuchar su opinión y dar respuesta a algunas demandas.

A modo de resumen proponemos un decálogo que ya se publicó en los materiales de formación de 1998, pero que mantiene toda la actualidad.

1. Jesucristo es el ejemplo a imitar y la motivación fundamental de su determinación responsable de dedicar parte de su vida, gratuitamente, a trabajar como voluntario en el mundo de la salud y de la enfermedad.
2. Se forma permanentemente en las dimensiones humana, social y teológica-pastoral y específicamente en Pastoral de la Salud, para realizar la tarea que se le encomiende con “profesionalidad”.
3. Trabaja en equipo y se esfuerza para que el equipo se convierta en una pequeña comunidad cristiana.

4. Estudia la realidad del mundo de la salud y de la enfermedad, la juzga a la luz de la Palabra de Dios y actúa en consecuencia.
5. Asume como tareas importantes: la prevención de la enfermedad, la promoción de la salud, la lucha contra las estructuras injustas que producen enfermedad y marginación, el acompañamiento del enfermo y de la familia, el anuncio del Evangelio de la misericordia.
6. Tiene conciencia de que es enviado por la Iglesia y es fiel a las orientaciones de la misma, en lo que toca a la Pastoral de la Salud. Sabe que su misión es la evangelización del mundo de la salud y de la enfermedad.
7. Atiende integralmente al enfermo y a sus familiares: en sus necesidades físicas, sociales y espiritual-religiosas.
8. Hace opción preferencial por los enfermos y colectivos de enfermos más desasistidos y marginados.
9. Se coordina con los otros equipos, asociaciones de Pastoral de la Salud que funcionan en su Diócesis o en la Iglesia Universal. Más, trabaja por la coordinación afectiva y efectiva de toda la acción caritativo-social de su Iglesia Diocesana.
10. Colabora con los grupos privados o públicos que intentan humanizar la Sanidad y luchan por un mundo más sano, pero sin perder su identidad eclesial de Pastoral de la Salud.

Cuestionario

- ¿Por qué el voluntario necesita formación?
- ¿Qué entendemos por formación? ¿Qué características debe tener el proceso de formación?
- ¿Qué formación básica debe recibir un voluntario social católico?
- ¿Qué otra formación básica ha de recibir un agente de Pastoral de la Salud?

7. Promoción del voluntariado

Texto de la Sagrada Escritura

“Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Ellos le contestaron: «Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?». Él les dijo: «Venid y veréis». Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; era como la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)»” (Jn 1, 35-41).

Reflexión

¿Jóvenes incapaces de comprometerse?

Hay un planteamiento de fondo que a todos los que estamos implicados en la Pastoral de la Salud, vivida como vocación y misión, nos planteamos: ¿cuál es el futuro de la Pastoral de la Salud? Observamos la realidad de nuestra sociedad europea envejecida y también con más dolor si cabe a nuestra querida Iglesia en este siglo XXI y la pregunta interior surge sola: ¿quién va a continuar lo que, con tanta ilusión, esfuerzo buen hacer y dedicación han comenzamos tantos hermanos nuestros que han dado la vida por poner en marcha la “nueva” pastoral de la salud, de la que España se ha convertido en referente mundial?

Muchas veces, de forma seguramente inevitable, nos puede llevar a un pesimismo crónico teñido de realismo, ya que junto a esa realidad está en nuestro interior algo de lo que hemos sido víctimas, pero que con el paso del tiempo podemos asumir: “los jóvenes de hoy no son capaces de...”

Los jóvenes son nuestro futuro

Ante este planteamiento desalentador, podemos mirar la realidad de un modo distinto, superando el “los jóvenes no son capaces de...por otra dimensión también real: “los jóvenes son el futuro, nuestro futuro”.

Es preciso replantearnos si asustamos a la gente, con planteamientos rígidos, con una gran lista de requisitos previos para comenzar a “ayudar”, con la necesidad de hacer compromisos fuertes en la dedicación y en el tiempo, siendo inflexibles en los métodos de hacer las cosas.

El Misterio de la Encarnación

Como cristianos celebramos que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, que no necesitamos superar nuestra humanidad para encontrarnos con Dios, sino que Él ha venido a hacerse carne para que nosotros, desde nuestra humanidad, podamos participar en la vida divina.

Eso que celebramos que ocurrió hace algo más de dos mil años, sabemos por la fe que sigue ocurriendo. Dios, en su providencia amorosa, se sigue haciendo presente

realmente en nuestra humanidad, y eso que ha sucedido durante los últimos veinte siglos, no va a dejar de serlo tampoco en este siglo XXI.

Quizá los jóvenes de hoy no sean los ideales según nuestros criterios -como tampoco seguramente lo fuimos usted y yo, querido lector-, pero como creyentes creemos en la Encarnación. Por lo tanto hemos de proponer el voluntariado para los jóvenes de hoy, para el mundo actual, para la gente real, para la sociedad existente, con la certeza profunda de que Dios también se sigue encarnando en nuestra humanidad doliente de hoy.

Decir “sí”

Para el futuro de la pastoral de la Salud son precisos voluntarios; no basta con capellanes y personas idóneas trabajando en hospitales, sino que nos estamos jugando nuestra misión como Iglesia en el poder acompañar no solo en el ámbito hospitalario, sino donde se vive y se sufre la enfermedad: en el domicilio o en la residencia, que son atendidas desde las Parroquias.

La incorporación de voluntarios no es solo una necesidad práctica por falta de ministros ordenados o de religiosos y consagrados, sino que es una respuesta a la vocación universal a la santidad y compromiso pastoral de los laicos.

Tenemos necesidad, pues, de voluntarios comprometidos, de voluntarios muy preparados y capacitados, de lo que podemos llamar “voluntarios profesionales”, es decir que ejerzan su voluntariado gratuito y solidario con la profesionalidad de que sabe hacer y hace bien. Pero, no nos olvidemos, sobre todo necesitamos voluntarios que existan, que sean reales, que no estén únicamente en nuestros proyectos pastorales (“el papel lo aguanta todo”), sino que sean de carne y hueso.

Para ello necesitamos aprender a decir “sí”, a acoger de verdad a quien se nos acerca y a salir a buscar a quien sufre y necesita cuidado y acompañamiento. Cuando los Papas nos hablan de ser una Iglesia de puertas abiertas, nos están invitando en nuestra realidad a acoger a las personas vengan cómo vengan y sean como sean, y caminar juntos para ayudarles a descubrir su vocación y a vivir su misión. No tengamos miedo a decir “sí” a los jóvenes; seguramente se nos complicará la vida, pero no cabe duda de que merece la pena.

Generar experiencias. El modelo “VIR”

La propuesta es generar experiencia. Nuestros jóvenes se ven llamados a ayudar pero de un modo distinto. Hasta ahora hemos considerado que el compromiso social es una consecuencia de la fe y viene después de la formación para poder ejercer bien. Pero este modelo teórico ha dejado de funcionar en gran parte de la población. Sin embargo, nuestros chicos siguen queriendo ayudar, tienen un gran espíritu solidario, están dispuestos a entregarse... Asumamos esto y generemos microexperiencias, pequeñas píldoras de voluntariado que les permitan engancharse.

Evidentemente estamos convencidos de la necesidad absoluta de la formación para el voluntariado; son precisos grandes planes de formación y formación a demanda para cada tipo de servicio (mayores, salud mental, paliativos, enfermedad crónica, duelo, etc.), pero hay que darle la vuelta al “plan”: hay que formar a demanda, cuando

el voluntario cae en la cuenta -siendo debidamente acompañado- de la necesidad de ser formado, y hay que formar en directo, “*in streaming*”, en tiempo real.

Iniciar en la experiencia marca huella en el corazón. Acompañar a una persona con problemas de enfermedad, acercarse y cuidar en el mundo del sufrimiento y del dolor transforma la vida de voluntario, y le hace cambiarse (“con-vertirse”).

Concebir el voluntariado, por tanto, no como una consecuencia de la profesión de fe, sino como un lugar para descubrirla y acompañarla.

Podemos hablar, por tanto, de un modelo VIR, de Voluntarios Internos Residentes, si se puede usar la expresión, a semejanza de los MIR, EIR y PIR. Tomar al voluntario como acompañante y ponerse a cuidar; con la confianza de ir enseñando en directo y tras la intervención explicar el sentido de la misma. Se trata, pues, de un modelo de formación y de acompañamiento personalizado.

En el fondo es dejarnos romper los esquemas: primero la pequeña experiencia y luego la formación, primero la experiencia y luego el kerygma y la catequesis, primero un compromiso pequeño y luego (o no) un compromiso mayor.

Es la dinámica del “Venid y lo veréis. Fueron y vieron y se quedaron con él” (Jn 1, 39), que nuestros jóvenes se permitan probar, aunque luego no haya compromiso. Es una oferta abierta a colegios, institutos, universidades, jóvenes trabajadores, a todos... Permitámosles, o mejor dicho regalémosles, la oportunidad de tener esa experiencia trascendente.

Acompañar la experiencia

Vamos a generar experiencias, aunque sean pequeñas, para poderlas acompañar. Ahí está la clave: *acompañar en la experiencia*, para darle sentido, para descubrir la presencia de Dios...

Resulta apasionante el regalo de poder acompañar la experiencia de chicos y chicas jóvenes de hoy que tienen una primera experiencia de voluntariado, de acercarse al mundo del sufrimiento, el dolor, la enfermedad o la vulnerabilidad, y una primera experiencia muchas veces de Iglesia real.

Es un verdadero trabajo personalizado, de leer el evangelio en la vida de hoy, de hacer vida el mensaje de la Buena noticia de Jesús y de la esperanza cristiana en el mundo actual.

Además, el ser capaces de acompañar esta experiencia supone una auténtica renovación para los Servicios de Atención Religiosa Católica Hospitalaria, o para los Equipos de Pastoral de la Salud en parroquias y residencias.

Uno hace muchas cosas en la vida, pero, con el paso del tiempo y de la vida, son pocas cosas las que quedan vivas e la memoria y en el corazón, las que marcan la existencia, y el voluntariado es una de ellas.

Cuestionario

- ¿Cómo veo el futuro de la Pastoral de la Salud?
- ¿Hay necesidad de voluntarios jóvenes?
- ¿Mi vocación de voluntariado ha marcado mi vida?
- ¿Cómo acogemos a quien se acerca? ¿Ponemos demasiadas “pegas” y requisitos?
- ¿Cómo puedo ayudar a “generar microexperiencias” en mi ámbito de pastoral de la salud? (Iniciativas pequeñas, pero reales)
- ¿Qué sugerencias podemos plantear para que nuestros jóvenes reales tengan una experiencia real de Iglesia?